

12—Contemplemos la gloria de Cristo

HERMANOS y hermanas: Tan pronto como empecemos a contemplar con dedicación a Jesús y a desnudar nuestras almas delante de él, descenderemos al valle de la humillación. Si descendemos, es seguro que nos levantaremos de nuevo. Cuanto más humildemente vivamos ante Dios, más cerca estaremos de él, y más clara será nuestra visión de Jesucristo y de su luz incomparable.

Leemos en 2 Corintios 3: 18: «Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen». Aquí pueden ustedes reconocer cuán importante es que contemplemos dicha gloria. El enemigo se ha presentado, y su oscura sombra ha torcido nuestra senda para que permanezcamos en el lado oscuro y hablemos de lóbregues hasta el punto de que nuestro camino parecerá casi desesperado

Charla presentada en Ottawa, Kansas, el 14 de mayo de 1889. Manuscrito 3, 1889. y tropecemos sin ánimo, esperanza o amor. Pero no deseamos que esto suceda. Queremos que esa sombra sea eliminada, y lo será si miramos más allá de la oscura penumbra, al resplandor que reside en Cristo Jesús.

«Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos» (2 Cor. 4: 1). Debemos disfrutar cada día y cada hora de la misericordia de Dios. Hablemos de ella; mediten en ella.

«Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso» (vers. 2). Aquí están las obras que van de la mano con la fe. No podemos esperar que la gracia de Cristo obre en nosotros mientras practiquemos la deshonestidad.

«No andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios. Por el contrario, manifestando la verdad, nos recomendamos» (2 Cor. 4: 2). Todo lo que hacemos ha de estar en armonía y corresponder con la santidad y la pureza de la verdad.

«Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto» (vers. 3). Si presentan objeciones y tropiezan respecto a los puntos de la verdad que son presentados, tropezarían también con las declaraciones más sencillas.

«Esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús» (2 Cor. 4: 4, 5). ¿No hay aquí una gran verdad que podemos estudiar?

«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (vers. 6). ¿Cómo hemos de lograrlo? Debemos ser testigos de Dios y reflejar el carácter de Cristo en nuestro carácter. No tiene sentido que un hombre sea vulgar y carnal, que tenga su mente llena de cosas sensuales, y aún creer que puede revelar el conocimiento de Dios que es en Cristo Jesús. Esa persona debería primeramente tener la gracia de Dios en su propio corazón y practicarla en su vida.

«Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros» (2 Cor. 4: 7). ¿Acaso hemos recibido alguna idea brillante? Si es así, no debemos creer que es a causa de nuestra inteligencia y astucia. Es porque Dios ha sido el autor de todo ello. Si alguien nos dice que hemos predicado un buen sermón, contestemos que el diablo ya nos lo había dicho antes de que él lo hiciera, no deseamos que esa persona sea un agente del diablo. El orgullo debe ser desterrado de nuestros corazones. Cuando eso suceda, entonces Jesucristo entrará y tomará posesión de toda nuestra vida.

Dios nos amó primero

Esta mañana declaro que amo a mi Salvador, porque él me amó primero. Si hay algo en mi vida que sea bueno, sean mis palabras o enseñanzas, es porque Cristo lo ha puesto allí. No es por causa de alguna bondad personal, y no hay gloria que deba adjudicárseme. El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe; contra tales cosas no hay ley. Deberíamos experimentar esto, y entonces no estaríamos para nada bajo el yugo de la ley de Dios. Ustedes son libres en Cristo Jesús. Caminaremos en libertad porque nuestra mente está en armonía con la voluntad de Dios y amaremos todos sus mandamientos.

«Tenemos este tesoro en vasos de barro», y estamos escondidos en Cristo, y Cristo en Dios; por tanto, nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios y revelamos a Cristo, y al hacerlo revelamos al Padre. Que sea esta una ocasión para confesar cualquier pecado. Si han agraviado a sus hermanos y no abrigan sentimientos positivos hacia ellos, por amor de Cristo eliminen esas ideas. Queremos prepararnos para la vida futura. Nuestro Señor viene con poder y gran gloria. No hemos de hartarnos y embriagarnos con las preocupaciones de la vida, sino mantener nuestras mentes ocupadas con temas de lo alto. Si lo hacemos, veremos la salvación del Señor, y nuestros corazones serán completamente iluminados con la luz del Señor. Podremos hablar de su amor y de su poder y mostraremos al Señor a quienes nos rodean.

Avanzar de gloria en gloria

Es nuestro privilegio avanzar de fortaleza en fortaleza y de gloria en gloria. No piensen que porque hayamos recibido una tenue luz de Dios, que la tenemos toda. Si sus ojos no están fijos en el blanco del supremo llamamiento que es en Cristo Jesús, la luz se escurrirá muy pronto de sus corazones, así como el agua se

escapa de un recipiente agujereado. A menos que ustedes se esfuercen, el diablo sembrará dudas en sus mentes.

Al principio, el enemigo puede colocar en ustedes pensamientos mezquinos, bajos y carnales; sin embargo, si ustedes elevan sus almas a Jesucristo y piensan en su pureza, dichos pensamientos no perdurarán por mucho tiempo. Hablen de la gloria de Jesús, mediten en su vida, y cuando la aflicción les sobrevenga, que se demuestre que ustedes son obreros de Dios y que manifiestan un cada vez más excelente y eterno peso de gloria. Hablen de la gloria del Señor y permitan que sus almas se llenen del amor de Jesús y sus corazones serán elevados a Dios cada mañana, al mediodía y al anochecer. Si peleamos la buena batalla de la fe saldremos victoriosos.